

Introducción

Con este número monográfico de *Anales de Literatura Española* queremos contribuir, en la medida de lo posible, a mantener el interés sobre la obra de Gabriel Miró en los ambientes universitarios. Empleamos el término «mantener» porque, a pesar de no ser abundante el caudal de estudios dedicados a la creación del escritor alicantino, sí ha mantenido un flujo renovado, como se muestra en las siguientes páginas, donde quedan de manifiesto las incorporaciones, más o menos recientes, alternando con quienes, desde hace lustros, vienen indagando en el sentido y alcance de una obra verdaderamente singular, cuyo alto valor estético nadie discute. Porque si de algo estamos seguros es de la desproporción que existe entre la altura estética de esa creación literaria y su conocimiento —o reconocimiento—, no por parte de eso que llamamos «público lector», sino de quienes dedican su actividad profesional al estudio de nuestra historia literaria.

La bibliografía de que disponemos, sin ser numerosa, es excelente. Con facilidad la puede encontrar todo aquel que, interesado en nuestro autor, consulte en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Allí, junto a una extensa información bibliográfica, puede leer algunos de los textos críticos relevantes, que han de citarse en un lugar como este a modo de guía o estado de la cuestión. Entre los diversos asuntos investigados, pueden llevar primacía los estudios de Edmund L. King, quien puso claridad en los hallazgos estéticos del escritor, en su novedad, desde su iluminador artículo de 1961, «Gabriel Miró y “el mundo según es”», y su edición neoyorkina de *Años y leguas* (1967), hasta su edición e introducción a los manuscritos inéditos *Sigüenza y el Mirador Azul* (1982); junto a estas aportaciones hay que situar las indagaciones llevadas a cabo por Roberta Johnson sobre el Miró filosófico (1985), poniendo al descubierto las preocupaciones epistemológicas y ontológicas que forman la base de su temática y estilo (destacando las afinidades que encuentra entre el pensamiento de Miró sobre el ser y la palabra con las ideas que desarrolló Heidegger muy a finales de su carrera; como también García Lara destacó las afinidades con Freud en un par de libros que merecen mejor fortuna). Ian Macdonald estudió sus fundamentos literarios al trabajar minuciosamente sobre la biblioteca personal de Miró, recogiendo el fruto de sus investigaciones en un libro publicado en Tamesis Books en 1975 y

traducido recientemente al español (2010) por Guillermo Laín Corona; a este fundamental libro de imposible caducidad (por la información que contiene y el rigor de sus conclusiones ha de ser consultado por todo investigador mironiano), hay que añadir la edición de su *Epistolario* (2009), recopilado, editado y anotado con la ayuda de Frederic Barberà: fuente de innumerables datos biográficos (viene a ser casi una biografía íntima) y rico en reflexiones de estética literaria. A estos tres investigadores primordiales, debemos incorporar el libro de Ricardo Landeira sobre la trilogía de Sigüenza (1972) y los finos y profundos análisis que Francisco Márquez Villanueva recogió en su libro *La esfinge mironiana* (1990). Añadamos la abundante documentación biográfica reunida por Vicente Ramos en su voluminosa *Vida de Gabriel Miró* (1990). Pero por delante de todos ellos ha de situarse el texto que todo interesado en conocer la creación mironiana debe leer: «Lenguaje suficiente: Gabriel Miró», recogido en su libro *Lenguaje y poesía*.

La información resumida en el anterior párrafo (fácilmente localizable acudiendo a la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes) es importante, y necesaria para quien pretenda iniciarse académicamente en el conocimiento de la obra de Gabriel Miró. Pero su obra no está olvidada; muy al contrario. Hay un hecho elocuente que debemos traer aquí. En 1902 publicó la revista *Quimera* una encuesta para destacar cuáles han sido, a juicio de los encuestados (escritores, críticos literarios y profesores de literatura), las mejores novelas del siglo XX. El resultado hay que leerlo con discreción, como lo que es: la opinión de las cuarenta y dos personas que respondieron a la encuesta; pero son personas dedicadas a la literatura que conocen los títulos relevantes publicados en el pasado siglo. Pues bien, *El obispo leproso* quedó situada entre las diez mejores novelas. Si entre conocedores hay coincidencias, es por algo. Tiene su fundamento, que no es otro que la calidad literaria, fácilmente reconocible por quienes accedan a ella. Y esto tiene también sus consecuencias en los trabajos críticos, de entre los que hay que destacar el libro de Yvette E. Miller (1975), un minucioso análisis de su compleja estructura novelística, al que debemos añadir el trabajo de Edmund L. King (1991), la conferencia inaugural que Víctor García de la Concha pronunció en el I Simposio Internacional Gabriel Miró (1997), que figura publicada en las *Actas* (1999), y cuyo título conviene con el propósito de este monográfico: «Espacios de la modernidad en la narrativa de Gabriel Miró», y, más recientemente, el trabajo de Joan Oleza (2010) en cuyo título advertimos su trascendencia: «Miró y *El obispo leproso*. Una poética simbolista para la novela».

Pero si esta novela alcanza tal excelencia, no va muy a la zaga el resto de su producción. En *Del vivir* ya se produce la ruptura con la convención novelesca

para iniciar un camino de renovación que culminará en *Años y leguas* (1928), la más desconocida e incomprensida de entre las obras maestras de nuestra historia literaria. Márquez Villanueva apuntaba que «Miró requiere un lector virtuoso y a la altura de sus exigencias». Esto es cierto: a una literatura de tal exigencia debe corresponder un lector que sepa reconocerla y, por tanto, disfrutarla. Miró ha sido víctima de la construcción crítica que de nuestra historia literaria ha venido predominando durante muchos años, hoy ya obsoleta. De ese modo, el mencionado catedrático de Harvard escribía que Miró ha sido visto como «una especie de elefante blanco, con el que no se sabe qué hacer ni dónde encontrarle su sitio» (*La esfinge mironiana*, pág. 10). En la misma línea, Roberta Johnson apunta que sus obras «siempre se han visto como anomalías en la literatura española del siglo XX» (*El ser y la palabra*, pág. 9); y la explicación pudiera encontrarse en un criterio aportado por el que fuera catedrático en Princeton, Edmund L. King, cuando califica al escritor de «excéntrico» por la falta del «problematismo nacional» en su obra. Miró no encaja en una construcción nacionalista de nuestra historia literaria fundamentada, no sobre valores estéticos, sino ideológicos. Ya Pío Baroja había advertido, a su modo, la singularidad de la obra de Miró cuando anotaba en sus *Memorias*: «Si alguna novela de este escritor alicantino me la dieran con otros nombres de lugares, yo pensaría que pasaba la acción en alguna parte de Austria o de Italia, muy refinada y muy decadente, pero no en la costa valenciana» (*La intuición y el estilo*, pág. 354). Si Miró ha podido ser visto como anomalía en nuestra literatura, no sucede lo mismo si lo situamos en el contexto europeo, pues su obra es coherente en un paisaje donde destacan Marcel Proust, James Joyce, Virginia Woolf o Alain Fournier. Miró ha de ser reintegrado en su contexto, dentro de una nueva consideración de nuestra historia literaria, como la que José-Carlos Mainer traza en el tomo sexto de su *Historia de la Literatura Española* (2010), cuyo capítulo dedicado a Miró lleva un título adecuado a su sentido: «La novela de Gabriel Miró o la intensidad».

Agradecemos a los colaboradores en este número monográfico su generosa aportación en este intento de avanzar en el estudio de una obra que rehúye toda fácil definición, que irradia significados múltiples en sucesivas lecturas, porque, al igual que «la palabra creada para cada hervor de conceptos y emociones», no lo dice todo, sino que lo contiene todo.

Los editores

